

El marxismo y las alternativas en la historia

*León Arled Flórez G. **

Las alternativas

Intervenir en un seminario titulado “Alternativas anticapitalistas” para conmemorar los 150 años del *Manifiesto Comunista*, no deja de ser una tarea complicada, que compromete cierta rigurosidad en el análisis y que permea las orillas de la especulación futurista. No obstante, como el motivo de celebración que nos reúne no tiene que ver con una ceremonia fúnebre para despedir los restos de un difunto, esbozaremos algunas opiniones que se refieren a la situación actual del marxismo en relación con el problema de las alternativas en la historia¹.

Se habla de alternativas, porque en cada coyuntura histórica se presentan distintas opciones o vías para el desarrollo de los sucesos que han determinado el devenir social. En este sentido, desde la perspectiva de las alternativas en la historia, trataremos de analizar la situación del marxismo frente al catolicismo y al liberalismo, en-

* Profesor del Departamento de Historia, Universidad Javeriana.

1. Esta reflexión se inspira en el artículo de un historiador soviético publicado en plena época de *Perestroika*, en la ya desintegrada Unión Soviética. En él se trataba el problema del stalinismo y de las diferentes alternativas históricas que existieron (la liberal y la democrática), pero que finalmente sucumbieron para definir el curso histórico que tomó la sociedad soviética en manos de José Stalin. Ver B. G. Maguilnitzki, “Las alternativas en la historia de la sociedad soviética”, en *Baprocí Histori*, No. 11, noviembre de 1989, pp. 3-16.

tendidas estas tres corrientes como las más importantes alternativas que ha tenido la historia de la humanidad hasta nuestros días. Asumiremos el catolicismo, el liberalismo y el marxismo, no como filosofías o ideologías, sino como concepciones de la historia.

De entrada se objetará al catolicismo como una concepción de la historia y aceptaré como válida la objeción, pues en apariencia éste semeja más una concepción ahistórica de la humanidad, ligada más a la conservación que al cambio, a lo trascendental que a lo temporal, a lo espiritual que a lo material, a Dios que al hombre. Al respecto diré que el catolicismo lo asumimos aquí como concepción de la historia en un sentido menos estricto, como una alternativa histórica que pretendió responder a los problemas de génesis, existencia y proyección del hombre en el universo, en un mundo en permanente cambio.

El liberalismo, por su parte, puede verse como una ideología, como una teoría económica, pero creo que desde John Locke, David Hume o Adam Smith, los ideólogos del liberalismo desarrollaron toda una concepción de la historia fundada en los avances materiales y tecnológicos de la humanidad, que como motor histórico, conducirían al inevitable triunfo del capitalismo en todo el orbe. Huelga agregar que el capitalismo como sistema, en la pluma de los ideólogos liberales, constituía la panacea para los males de la humanidad. Ese es el espíritu de la obra de Adam Smith *La riqueza de las naciones*.

Damos por sentado que el marxismo es, también, una concepción de la historia, tal vez la más humanista, la más política y la más ajena al dogmatismo característico del catolicismo y al economicismo, rasgo esencial de la concepción liberal. Por lo demás, históricamente, catolicismo, liberalismo y marxismo han sucumbido al papel que, desde la antigüedad y hasta la edad moderna, se le atribuye a la historia: ser la sierva legitimadora del orden establecido. Pero, antes que legitimadoras, las tres han sido concepciones revolucionarias de la historia, porque han contribuido inevitablemente a su transformación.

Escribimos esta nota en una época en que se cosecha el arrepentimiento y se cultiva el escepticismo. Con el derrumbe del sistema socialista, ha ocurrido algo similar a lo que pasaba en los funerales de los caciques muiscas: se ha querido sepultar el cadáver junto a sus dolientes. La caída del muro ha pretendido aplastar la concepción materialista de la historia. En ese sentido, obran el neoliberalismo, el departamento de Estado norteamericano que ya sentenció "el fin de la historia", e incluso buena parte del discurso de la denominada

“posmodernidad”. De todas maneras, sin apelar a optimismos infundados, las concepciones de la historia son históricas y como tales mientras respondan a los problemas contemporáneos, no sólo seguirán siendo concepciones de la historia sino que constituyen alternativas para el devenir social; eso es lo que ha impedido la muerte del catolicismo, ha favorecido la fortaleza del liberalismo y no le resta vigencia al marxismo.

El catolicismo

El catolicismo como vertiente del cristianismo es uno de los más ejemplares fenómenos de la humanidad. Más que conservador, el catolicismo ha sabido adaptarse a los cambios de la historia. Esa ha sido su constante. A pesar de todos los obstáculos sufridos, sigue siendo una alternativa política, ética y filosófica para la humanidad. Más que del marxismo, los ataques contra el catolicismo han venido del liberalismo, del mundo moderno que éste ha erigido. Primero fue la reforma protestante, de allí el catolicismo salió mal librado; casi toda Europa izó las banderas de Lutero y Calvino. El catolicismo tuvo que limitar su pretensión universalista y paulatinamente se vio sometido al poder temporal de monarquías que, poco a poco, se volvieron absolutas. Vino después la revolución francesa de 1789 y los efectos de ésta sobre la Iglesia católica fueron devastadores. Ambos, reforma y revolución, como escribió el historiador Óscar Saldarriaga², habían logrado sacudir a fondo, no sólo el poder temporal –económico, político y logístico– de la institución, sino también y, sobre todo, su sistema escolar, corazón del “poder moral” católico, y con él, su tradición de pensamiento filosófico. La modernidad con su rostro conquistador, había logrado separar al catolicismo de su pasado intelectual. En los años siguientes a la revolución francesa y, en especial bajo el dominio napoleónico sobre amplias áreas de Europa, “los centros de la Iglesia, los que todavía existían, quedaron subordinados a la autoridad civil o dejados de lado de tal modo, que no les quedó otra solución que someterse espontáneamente a las directrices estatales”³.

2. Parte de lo que aquí exponemos sobre el catolicismo es tomado de Óscar Saldarriaga Vélez, “Catolicismo y Modernidad: la restauración de la filosofía neotomista en Colombia 1868-1968”, ensayo inédito.

Hacia comienzos del siglo XIX, la tensión entre el catolicismo y los paradigmas de la modernidad se habían hecho insostenibles: el “Hombre”, el “Mundo” y “Dios”, tal como los había definido el catolicismo pos-tridentino, se desmoronaban ante las filosofías pos-cartesianas y neokantianas en teoría del conocimiento y en metafísica; la teología, la exégesis bíblica y la dogmática se enfrentaban a las investigaciones de los protestantes y de los llamados “católicos modernistas”, en ciencias históricas y filológicas; en biología y psicología las nociones de vida, conciencia y alma se enfrentaban al evolucionismo, a la psicología experimental y al psicoanálisis; en cosmología la noción de materia, de espacio, de tiempo y de energía ante la física termodinámica y atómica; en moral y ética social, ante las sociologías liberales y socialistas y el auge de las luchas del proletariado.

No quedaba duda que era contra todo el catolicismo occidental, modelado por su teología de la autoridad y su antropología del pecado, contra quien las sociedades modernas en su crisálida secular se dirigían. La estrategia de salvación para la Iglesia católica no fue otra que la reinstauración de una vieja filosofía cristiana, de estirpe aristotélica, pero adecuándola a los tiempos modernos: el neotomismo. Éste demostró que en su terreno, la lógica, sí podía dar cuenta del problema de las relaciones entre fe y razón. La filosofía tomista reinstaurada por León XIII a partir de la promulgación de la encíclica *Aeterni Patris* en 1879, habría sido no sólo el fundamento teórico de una política cristiana, sino además, el principio de una política clerical. Según el historiador canadiense Pierre Thibault, el resurgimiento del tomismo en el siglo XIX habría constituido para el Papa, un elemento de la estrategia para reestructurar su antiguo poder espiritual sobre las sociedades temporales, en un contexto dominado por el liberalismo. El neotomismo, en palabras de Thibault, fue más una estrategia católica para insertarse en la modernidad⁴. Eso garantizó la supervivencia del catolicismo y lo revitalizó frente al proyecto moderno libe-

-
3. Heinrich M. Schmidinger, “El debate sobre los comienzos de la neoescolástica italiana: Salvatore Rosselli, Vincenzo Buzzetti y Gaetano Sanseverino”, en Co-reth, Emerich *et al.* (eds), *Filosofía-cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX*, Encuentro eds., Madrid, 1994, citado por Óscar Saldarriaga, *ibídem.*, p. 8.
 4. Las hipótesis de Pierre Thibault, a pesar de las críticas sobre la falta de rigor en el tratamiento de los datos históricos, son altamente valoradas por Saldarriaga. Ver Saldarriaga, *Ibídem.*, pp. 2-3.

ral; por ese, entre otros motivos, el catolicismo sigue siendo una alternativa histórica que se mantiene y evoluciona, que independientemente de haber comprometido su existencia al lado de la concepción liberal, avanza, se transforma y fragmenta; esa es la pugna interna que se refleja en el fortalecimiento de corrientes como la teología de la liberación y la proliferación de sectas cristianas de corte protestante en América Latina. Ambos fenómenos son, a nuestro parecer, reacciones de los feligreses y de sectores del clero frente al conubio entre la Iglesia católica y el liberalismo.

El liberalismo

Adam Smith concebía la historia como una línea finita, portadora de un comienzo pero conducente a un fin. Así explica la evolución humana a través de cuatro estadios socioeconómicos consecutivos, cada uno de los cuales se basaba en un modo de subsistencia particular: caza, pastoreo, agricultura y comercio. Lo que tenemos, como escribió el historiador Josep Fontana, es la combinación de una visión de la historia como ascenso de la barbarie hacia el capitalismo, un programa para el pleno desarrollo de éste, dentro de un marco de liberalismo económico, con un sistema político que garantice el respeto por la propiedad privada. La historia vista de esta manera anticipaba la evolución de las naciones hacia un futuro de riqueza y prosperidad para todos, marcado por el triunfo de los supuestos liberales⁵. La historia en manos de Smith quedaba condenada a un sonambulismo evolucionista, dictado por los cambios espontáneos en la esfera económica. Escapaban a esta concepción las contradicciones sociales y las pugnas políticas.

El liberalismo ha visto en lo material, en la propiedad y la riqueza, en los bienes temporales, el motor del devenir histórico. A él pertenecen las ideas de mercado y progreso, los conceptos abstractos de igualdad y libertad. La teoría del utilitarismo y la revolución industrial, la apología del individuo y la mayor felicidad para el mayor número de personas. Al liberalismo como concepción moderna de la historia, pertenecen el racionalismo y las ciencias modernas, los grandes inventos y el desarrollo tecnológico.

5. Josep Fontana, *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, p. 90.

La sociedad moderna reinstaló al hombre en el centro del universo, hizo que la historia fuese de nuevo concebida con protagonistas humanos y no como algo determinado por una fuerza extraña al hombre y sobrenatural. En la medida en que fomentó la riqueza y sacralizó la propiedad, el liberalismo elevó la desigualdad a términos inimaginables, profundizando de paso los antagonismos sociales. Ciertamente era que la "libertad" por sí sola no eliminaba la pobreza.

Hegel dijo en alguna parte que la historia no se escribe sobre un jardín de rosas. La génesis del modelo de sociedad liberal tampoco. El surgimiento del capitalismo fue particularmente violento, como seguramente habría podido ser la transición entre cada uno de los estadios en que Smith segmentó la historia. La época de acumulación originaria de capital, que daría pie al triunfo de los supuestos liberales, se caracterizó, en palabras de Marx, por un proceso violento en que los pequeños propietarios de medios de producción fueron expropiados. El liberalismo creó una sociedad de hombres liberados de los medios de producción. He ahí la clave del liberalismo: un nuevo sistema de esclavitud fundado en el salario y en el desempleo como requisito. Un conjunto de libertades: de mercado, de precios, de credo, de movimiento, de palabra, etc. En esencia, un sistema de expropiación generalizada. Una sociedad fundada en el mercado, pero en un mercado de hombres que toman la forma de mercancías, para a su vez producir y reproducirse. Semejante sistema nació en las entrañas del mundo medieval; a él pertenece su legado, pero en pugna con ese legado se erige y edifica para crear una concepción de la historia, que basada en el desarrollo económico y no en las ideas del pecado y la salvación, legitime la concepción liberal, fundada en el modo de producción capitalista, o mejor en el modo de expropiación (explotación) capitalista.

La historia de la concepción liberal es la historia de los métodos o modelos de apropiación de la riqueza bajo el modo de producción capitalista; en otras palabras, es la historia de los métodos o modelos de expropiación de la fuerza de trabajo. Es, además, la historia de una contradicción insoluble, aquella señalada magistralmente por Marx, consistente en que el carácter social de la producción culmina en una manera privada de apropiación de la riqueza. Por esta razón, al capitalismo lo persigue el fantasma endémico de las crisis cíclicas. Las políticas contra éstas dieron origen a los modelos económicos: mercantilismo, libre comercio, regulación económica y en la actuali-

dad al neoliberalismo. Todos, intentos infructuosos por conjurar la crisis, pero exitosos en la mira de preservar el sistema.

La historia de la concepción capitalista liberal deambula en una paradoja fatal: se expande como alternativa de supervivencia, pero con la expansión compromete a la vez su propia existencia⁶. En el proceso de expansión el capitalismo, siguiendo un modelo medieval, se ha hecho imperialista. Primero, mediante el reparto territorial del mundo, reflejado en la creación del sistema colonial en todo el orbe. Después, mediante la repartición del mundo en zonas de influencia económica. En la actualidad, bajo los supuestos del neoliberalismo se gesta una nueva fase de expansión denominada “globalización”, más decididamente financiera bajo los supuestos del mercado libre y un mundo dividido en bloques económicos. En esencia se trata del avance del proceso de acumulación capitalista, pero de una acumulación que aproxima la concepción liberal a sus límites infranqueables.

Una amenaza real ha tenido la concepción capitalista liberal en el proceso de su evolución histórica: el marxismo⁷. Desde 1871 con la Comuna de París y después de 1917 con la revolución de octubre, el reto de las revoluciones proletarias de carácter socialista amenazó el orden capitalista mundial en su proyecto de expansión. El triunfo del bolchevismo y la creación de un sistema de países socialistas luego de la segunda guerra mundial, paradójicamente contribuyó al desarrollo capitalista mediante la competencia. Los países capitalistas occidentales de Europa y Norteamérica implementaron mecanismos de regulación económica que favorecieron el nivel de vida de los trabajadores, como instrumento para calmar las tensiones sociales internas ante el peligro de una alternativa socialista. Estas políticas hicieron inevitable la expansión del sistema hacia la periferia. El imperialismo fue una manera de realizar en la periferia los niveles de acumulación capitalista que el mercado metropolitano constreñía, debido a las organizaciones obreras y a las demandas sindicales⁸.

-
6. Ver Charles Bergquist, *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*, Siglo XXI eds., Bogotá, p. 30.
 7. Por no considerarlos anticapitalistas, no vemos al fascismo o al nazismo como amenazas a la concepción liberal. Tampoco creemos que lo sean las alternativas de origen islámico, así no compartan los supuestos éticos de la economía capitalista.
 8. *Ibidem.*, pp. 29-31. Ver también el libro más reciente, Charles Bergquist, *Labor and the Course of American Democracy. US History in Latin American Perspective*, Verso, Londres, Nueva York, 1996, pp. 45-80; Philippe Braillard y Pierre de Senarclens, *El im-*

Muchos son los logros del proyecto de modernidad liberal, pero cabría preguntarse si en cinco siglos de existencia el capitalismo ha alcanzado su plenitud y superado sus contradicciones, como lo festejan los sepultureros precoces del marxismo, si al cabo de cinco siglos, o menos, o más, el liberalismo y su modo de producción se han agotado. Como escribió Perry Anderson: "La convicción de que no hay una alternativa económica viable para el mercado libre surge más bien del fracaso del comunismo soviético que del éxito del capitalismo coreano"⁹.

Umberto Eco en un artículo polémico¹⁰ veía, en lo que algunos ven un mundo posmoderno, el renacer o la persistencia de la Edad Media. Personalmente creo que estamos asistiendo a una nueva etapa, no del medioevo, sino de expansión del capitalismo. Lo que ahora se denomina "globalización", no es más que un nuevo período de reparto del mundo entre bloques de potencias liberales, que impulsan de manera soberbia y obstinada una alternativa histórica, que ilusamente consideran sin competencia.

El marxismo

A mediados del siglo XIX, cuando es redactado el *Manifiesto Comunista*, crecía la conciencia de que las promesas Smithianas de felicidad y riqueza para todos que ofrecía el sistema capitalista no iban a cumplirse. La difusión del liberalismo y el aumento de la riqueza no aproximaban a la humanidad al anhelado puerto de prosperidad sino, por el contrario, la empujaban inevitablemente al abismo de la desigualdad. Precisamente explorando las causas de la desigualdad entre los hombres es que emerge la concepción marxista de la historia. Ésta nos muestra la evolución humana a través de unas etapas de progreso, que no son definidas fundamentalmente por el grado de desarrollo de la producción, sino por la naturaleza de las relaciones que se establecen entre los hombres que participan en el proceso productivo. Desde la costumbre de matar y alimentarse con los de su propia especie en la época primitiva, pasando por la apropiación de

perialismo, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, pp. 7-71.

9. Perry Anderson, *Los fines de la historia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995, p. 127.

10. Umberto Eco, "La Edad Media ha comenzado ya", en Umberto Eco y otros, *La Nueva Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 3ª reimpresión, 1995, pp. 9-34.

unos seres humanos por otros mediante la esclavitud en las sociedades antiguas y modernas, hasta el hábito de vivir del trabajo de los demás en el capitalismo, el marxismo destaca las relaciones de producción. Conceptos como esclavismo, feudalismo, capitalismo o socialismo, entendidos como proyectos hacia el futuro, no se refieren al carácter predominantemente agrario o industrial de la producción, sino al tipo de relación que existe entre amo y esclavo, señor y vasallo, empresario capitalista y obrero asalariado, o a la relación de igual a igual entre hombres libres en una sociedad que habrá eliminado la explotación. De ahí que, tras un breve exordio, el *Manifiesto Comunista* afirme: “La historia de todas las sociedades hasta nuestros días¹¹ es la historia de las luchas de clase”¹².

La historia definida por etapas, en donde lo fundamental son las relaciones de producción, es decir, la lucha de clases, conduce a explicar un presente de miseria y sometimiento. El capitalismo en Marx no es ya el punto de llegada de toda la evolución humana, sino una fase más que deberá ser destruida, como las anteriores, para conducir a la plenitud que será una sociedad sin clases, sin explotación. El capitalismo debe ser destruido, porque es una “forma de esclavitud”. Ese es el fundamento ético del marxismo; por lo demás, en Marx, el pasado explica el presente, como ocurre en toda visión de la historia, pero no lo legitima.

No obstante, la visión futurista de Marx y Engels acepta una parte de la promesa Smithiana, pero cambiando los términos en que está formulada. Las fuerzas productivas que el capitalismo ha movilizado, potenciadas por la ciencia, pueden asegurar la prosperidad para todos, a condición de abolir el marco social capitalista que las encuadra¹³.

En descubrir la lucha de clases como motor que jalona el devenir social y plantear la práctica política y no la evolución económica como clave del cambio histórico, radica la diferencia del marxismo respecto de la concepción histórica del liberalismo y del catolicismo fundada en la teoría del pecado y la promesa del más allá. Desde la

11. Marx y Engels aclaran en pie de página, que se refieren a la historia escrita, pues en 1847 la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida.

12. Carlos Marx, Federico Engels, *Obras Escogidas*, Tomo 1, Progreso, Moscú, 1976, p. 111.

13. Ver Fontana, *op. cit.*, p. 150.

aparición del *Manifiesto*, en febrero de 1848, el marxismo ha sido el fantasma, la pesadilla del liberalismo y el catolicismo. El materialismo marxista es para el catolicismo como la abolición de la propiedad privada para el liberalismo. El marxismo en sus 150 años de historia ha contribuido a cambiar el mundo. Se puede afirmar que el siglo XX comenzó en 1917. La revolución soviética partió la historia en dos. La segunda guerra mundial culminó con la creación de dos sistemas socioeconómicos y el establecimiento de la guerra fría.

El socialismo con su expansión al Asia, África y América Latina se convirtió en sistema universal. Un liberalismo que no se consolidaba históricamente, veía tempranamente comprometida su existencia. El mundo al borde de una tercera conflagración mundial dependía del equilibrio que las potencias exhibían en el cosmos y en las armas de destrucción masiva. Al tiempo, en economía, la potencia socialista se levantaba como un gigante con pies de barro. El socialismo, con enormes dificultades, se industrializó y expandió en medio de dos guerras mundiales. Tal vez la falta de acumulación de riqueza para su expansión, la competencia con un modo de producción más desarrollado y las carreras cósmica y de armamentos definieron su efímera existencia. Caben allí varias explicaciones de índole político: el culto a Stalin, las complicidades capitalistas de Kruschev, el imperio de la burocracia bajo Breznev o la "traición" de Gorbachov. Se puede argumentar también la falta de madurez del capitalismo para su transición al socialismo. No hay que olvidar a Gramsci cuando, refiriéndose al octubre rojo de 1917, decía que la revolución rusa había sido una revolución contra el capital, pero de Marx. La culpa se le puede atribuir igualmente a la genialidad conspiradora de Washington o de Roma o a su viejo contubernio. En fin, la caída del socialismo puede también atribuirse a efectos milenaristas, a la capa de ozono o a movimientos feministas. Todas las explicaciones pueden aportar una respuesta, pero ese no es el caso de esta reflexión. Lo que aquí nos ocupa es el hecho de si el marxismo en su corta, pero riquísima experiencia, ha agotado sus posibilidades históricas. El liberalismo en cinco siglos de existencia no ha logrado deshacerse del catolicismo; ¿será que lo hará de una concepción más joven como el marxismo que ofrece la solución a sus contradicciones?

No queremos, desde luego, hacer votos de voluntarismo histórico, ni apología de evolucionismo social, de aquel que propone una buena hamaca para esperar el advenimiento del capitalismo maduro. El marxismo como concepción de la historia, no es ni más ni me-

nos que una teoría de la práctica para la transformación de la sociedad. El liberalismo no se impuso sobre el catolicismo en un cielo sereno, sino en una ardua confrontación que todavía no da muestras de llegar a su fin. ¿No es prematuro vaticinar el fin del marxismo? Que los países socialistas hayan colapsado frente a la economía y la democracia liberales no implica que el marxismo, como alternativa histórica, se encuentre acabado. El liberalismo y su proyecto, el capitalismo, está planteando problemas que en su propio contexto no puede resolver; sólo lo haría al precio de su propia existencia. No me refiero exclusivamente a los problemas ambientales y ecológicos. Ahora, más que nunca, el capitalismo está globalizando la miseria, la está llevando a límites incontrolables: tras el genocidio de Ruanda está la “ayuda humanitaria y desinteresada” de Washington. El epitafio del *Manifiesto*, que llama a todos los trabajadores del mundo a unirse, no ha perdido vigencia.

El marxismo, si reconocemos su esencia dialéctica, es esencialmente crítico de cualquier orden existente, su permanente negación. No de otra manera el marxismo es ajeno a la contemplación y se funda en la práctica; por eso, como alternativa anticapitalista y no por longevo, es que el marxismo sigue vigente. ¿Qué otra concepción de la historia goza de la coherencia ideológica y del prestigio histórico frente al liberalismo? ¿Qué concepción de la historia ha sido la más atacada y repudiada por los ideólogos liberales en el presente siglo? O será que llegó el fin de la historia, porque como dice Fukuyama: “El fin de la historia no equivale a haber alcanzado un sistema perfecto, sino a la eliminación de alternativas mejores”¹⁴. No creemos que un sistema de esclavitud como el capitalista sea la mejor alternativa para la humanidad. El *Manifiesto Comunista* reconoció el papel revolucionario de la burguesía, pero también demostró su carácter retrógrado. Precisamente, en la imperfección del capitalismo se ubican las premisas del surgimiento, fortalecimiento y desarrollo de nuevas alternativas en la historia, y el marxismo es una de esas alternativas, que no han sido, como ya se sentenció, eliminadas por el liberalismo.

14. Perry Anderson, *op. cit.*, p. 102.